



Eros y logos en Sófocles

Filosofía, 15/03/2011



Para la mentalidad moderna razón y afecto son dimensiones del ser humano que poco tienen en común; es más, según algunos pensadores, la razón ha de liberarse de cualquier contaminación afectiva si desea alcanzar una perfecta claridad sobre su objeto. Sin embargo, en el mundo clásico aparecen continuas referencias a la unidad de ambas dimensiones. En numerosos lugares encontramos testimonios de que tenían conciencia de que el ser humano es una unidad que no se puede fracturar en regiones inconexas. El discurso de Diótima en *El Banquete* platónico es un paradigma de ello, y quizás otro día lo analizaremos, pero hoy nos interesa mostrar cómo gran parte de la fuerza dramática de las tragedias tiene su raíz en esta concepción del hombre. Para ello, vamos a centrar nuestra atención en un fragmento de *Electra* de Sófocles.

El argumento de la obra es muy conocido, pues se trata de una de las tragedias más representadas en nuestros días. Agamenón, padre de Electra, Orestes, y Crisótemis, fue asesinado por Clitemnestra y por Egisto, que ocupó el lugar de aquél en el lecho de ella. Electra, para salvar la vida de Orestes, se lo entregó a Pedagogo, y fue enviado a Fócide. Un oráculo de Apolo dictó que debía vengar la muerte de Agamenón por su propia mano, sin escudo ni ejército. La acción se inicia cuando Orestes llega a Micenas con intención llevar a cabo el designio del dios. Para ello, Pedagogo se hace pasar por un extranjero procedente de Fócide que, para desesperación de Electra, viene a anunciar la muerte de Orestes. Clitemnestra, que había tenido la visión de que el espíritu de Agamenón pronto sería vengado, puede por fin respirar, e invita a Pedagogo a entrar en el palacio. Al enterarse de la noticia, Electra decide cumplir ella misma la misión encomendada por Apolo a Orestes. Éste entra en escena junto con Pílates y dos criados, uno de los cuales porta una urna con lo que debían de ser sus cenizas. Es entonces cuando tiene el dramático encuentro entre los hermanos.

La tensión que todavía hoy el lector puede experimentar brota de la habilidad con la que Sófocles une la fuerza afectiva con el reconocimiento intelectual los vínculos familiares. Orestes, al ver cómo se conmueve Electra, le pide al criado que le entregue las cenizas, aunque aún no sabe que se trata de su hermana. Pero por los gestos, por el tono de su voz, adivina que no es "alguien hostil, sino que es amiga o pariente por su raza" (*Electra*, 125-26). Es la disposición afectiva la que abre los ojos de la inteligencia a la presencia del bien. Algo parecido le había ocurrido a Crisótemis, que adivinó, por unos pelos encontrados en la tumba de su padre, que Orestes había estado allí. Y es que cuando el espíritu está bien templado, bastan pocos indicios para que la razón avance con seguridad en su camino hacia la verdad:

Cuando llegué a la tumba antigua de nuestro padre, veo regueros de leche que acaban de derramar desde la parte alta del túmulo, y que la piedra sepulcral de nuestro padre está coronada enteramente por alrededor por toda clase de flores. Al verlo, el asombro se apoderó de mí. Miro en derredor, no sea que algún mortal nos acechara de cerca, pero, como vi que el lugar estaba en calma, me fui acercando más a la sepultura. Entonces veo en lo más alto del túmulo un blucle cortado de algún joven. Nada más verlo, infeliz, se me presentó a mi ánimo un rostro familiar, me pareció ver en esto una señal del más querido de los mortales, Orestes. (Ibíd. 892-904).

Crisótemis adivina en el blucle el rostro de su hermano con la misma seguridad con la que una madre sabe el estado de ánimo de su hijo con sólo mirarlo. Y es que la razón no es una facultad aislada, sino que siempre se halla impulsada, animada, y auxiliada por el afecto. También Electra experimenta algo análogo. Después de tomar la urna tiene una conversación con Orestes en la que la desesperación va cediendo ante la presencia de alguien en quien reconoce una familiaridad, una bondad, que intelectualmente es, de momento, inexplicable: "¿No habrás llegado de alguna parte como pariente mío? (1204-1205)."; de hecho, el tratamiento hacia él va cambiando, y pasa a llamar *hijo* al que antes denominaba *extranjero*. Hasta que, finalmente, se produce el reconocimiento intelectual.

Leer a Sófocles conmueve porque en sus obras aparecen personas *enteras*, en las que, como en todos nosotros, la inteligencia, el *logos*, está empapada de afecto (*eros*). Son modelos humanos en los que cada lector puede reconocerse porque en ellos no se ha producido aún el desmenbramiento de las dimensiones afectivas e intelectual. En la vida cotidiana la persona es *una*, por eso el bisturí de algunos filósofos crea monstruos que, por supuesto, nada tienen de *clásicos* en sentido estricto de la palabra. ¡A ver si va a tener razón Nietzsche y vamos a tener que volver a la tragedias para comprender al hombre!